

PIERRE LACOSTE

ESTRATEGIAS NAVALES DEL PRESENTE

¿PARA QUÉ UNA MARINA DE GUERRA?

Por F. JAVIER FRANCO SUANZES

*LACOSTE, Pierre. **Strategies Navales du Present** (1985). Ediciones C. LATTES. Edición en español, **Estrategias Navales del Presente** (1987). Colección «Ediciones Ejército».*

El Almirante francés Pierre Lacoste, nació el 25 de enero de 1924, ingresó en la Escuela Naval en 1940, y salió Alférez de Navío en 1942 como miembro de la promoción XVII. En mayo de 1943, durante la Segunda Guerra Mundial, se evadió de Francia, para integrarse en la Marina Nacional en Africa del norte a principios de 1944. Después de la guerra de Indochina, mandó diversos buques. Ejerció la dirección de la Escuela Superior de Guerra Naval y fue Jefe del Gabinete Militar de Raimond Barre, entonces Primer Ministro. En 1981, mandó la Escuadra del Mediterráneo y el 1 de septiembre de 1983 pasó a dirigir la D.G.S.E. hasta septiembre de 1985. El 5 de julio de 1989 fue elegido Director del Consejo de Administración y Presidente del Comité de Estudios de Defensa Nacional de la Revista «Defense Nationale».

En esta obra el autor trata de explicar el papel que desarrolla una marina de guerra y su aportación en la defensa de los intereses nacionales. Incorpora las lecciones aprendidas en el campo de la estrategia naval como consecuencia del estudio de las últimas contiendas y los cambios que se

originan derivados de las innovaciones de los sistemas y armas. No obstante, si el lector espera un texto de conceptos estratégicos comprobará que el Almirante hace extensas incursiones al mundo de la táctica, eso sí, con un tratamiento claro, entretenido y muy expresivo, en el que abundan los gráficos y viñetas explicativas. Este tratamiento fácil y sencillo del mundo naval hace el libro apto para cualquier tipo de lector, incluso para los no versados en estos temas.

Pierre Lacoste, toma como pensadores de referencia para su trabajo a Mahan, Mackinder, y Castex. De Mahan, destaca su análisis del grupo de factores que determinan la potencialidad marítima de una nación: una posición geográfica favorable, unos factores económicos propicios, y unos factores políticos que empujen a los dirigentes a desarrollar una política naval. De Mackinder, resalta la división que hace de la tierra en varios anillos, entre los que sobresale uno: «la zona continental», corazón de la tierra. En un mundo de espacios concéntricos, los océanos adquieren el papel bien de paso entre las zonas correspondientes o bien de foso infranqueable para las naciones que no disponen del dominio del mar. De Castex, destaca su teoría según la cual, en cualquier época, el conflicto va a enfrentar a la potencia continental dominante con la potencia marítima dominante. En las «zonas de contacto», que se encuentran sometidas a la doble influencia de la Zona Continental y la Marítima, las naciones basculan en sus políticas en uno u otro sentido.

Según el autor, el comportamiento de los países, va a quedar condicionado por su carácter marítimo o continental. Las potencias marítimas van a intentar mantener siempre el mismo objetivo estratégico que no es otro que el ejercicio de la libertad de los mares, por ello, su fuerza naval oceánica resultará determinante. La visión estratégica de la potencia continental es radicalmente diferente y su objetivo estratégico se dirige más hacia el ataque al tráfico marítimo y comercial que a destruir el grueso de las fuerzas navales del enemigo. Las estrategias de los países que se encuentran en la zona de contacto variarán según los condicionantes del momento.

Pero, ¿qué entiende Pierre Lacoste por Estrategia?. El Almirante define este concepto como: *El arte de tener en cuenta los datos de la situación del momento, y de utilizar mejor los medios de los que se dispone, para alcanzar los objetivos fijados.*

En su opinión, al político le corresponde determinar los objetivos y fines a alcanzar. Según esa concepción, el político se encuentra en un nivel jerárquico superior al del estratega, de alguna manera el primero se proyecta

en el futuro mientras que el segundo se mueve en el presente. Así la política naval debe: *Concebir y definir a medio y a largo plazo, los objetivos de la marina y los medios necesarios para alcanzarlos.*

Para Pierre Lacoste, la estrategia naval es *en primer lugar, y sobre todo, una estrategia operativa, es decir de empleo de las fuerzas existentes.* Esta estrategia, en la que intervendrán las fuerzas navales, tiene dos campos principales de actuación: la disuasión y la acción. Ambas estrategias aunque son muy distintas, e incluso a veces opuestas, son ante todo complementarias.

La *estrategia de la disuasión* es tan antigua como la misma humanidad, y en esencia consiste en hacer comprender al potencial agresor que los riesgos que corre ante un ataque son inaceptables frente a los beneficios que piensa obtener con el acto de agresión. Con la disuasión nuclear esos riesgos se ven elevados a la máxima categoría. Las armas ofensivas empleadas son las más potentes e incluyen tanto el explosivo nuclear, como los misiles balísticos y crucero.

En este campo es necesario hacer mención a la doble revolución, que como indica el Almirante, se ha producido en el terreno nuclear. La primera revolución, es la combinación arma nuclear y cohete balístico en su uso contra ciudades, lo que denomina: el arma absoluta.

La segunda revolución, va a ser el empleo de la energía atómica en la propulsión de los submarinos, que de esa manera navegarán sin depender del aire de la superficie, lo que les permitirá permanecer sumergidos por tiempo casi indefinido y de esta forma difícilmente detectados. Nace así un arma revolucionaria en el futuro de la guerra naval, el submarino con propulsión nuclear armado con misiles balísticos portadores de cabezas atómicas. Estos buques han *llegado a ser los más seguros garantes del equilibrio estratégico mundial gracias a su aptitud para escapar al riesgo de una destrucción preventiva.*

En la carrera nuclear, y a pesar del tratado ABM, las potencias nucleares han tratado de superar la amenaza del adversario mediante el diseño de misiles anti-balísticos, construidos específicamente para tratar de destruir los misiles nucleares en vuelo del adversario, lo que ciertamente resulta desestabilizador. Por ello, para conseguir una verdadera y más estable disuasión, los sistemas móviles suponen una garantía, pues al no haber podido ser destruidos en el primer ataque, estarán en disposición de responder con «un segundo golpe», haciendo nuevamente inaceptable la

agresión. Es en ese segundo golpe donde intervienen los submarinos nucleares que ocultos en los océanos siempre estarán en disposición de contestar.

La *estrategia de la acción*, sobre una actitud menos dramática que la violencia nuclear, debe demostrar, sobre la base de la eficacia, la firme voluntad de defensa de los intereses nacionales, y de apoyar a la política general frente a las amenazas o las agresiones que provengan de la sociedad internacional. En definitiva y como dice Pierre Lacoste, es necesario mostrar la fuerza para no tener que servirse de ella.

¿Qué entiende el Almirante por eficacia?. En relación con las fuerzas navales los criterios de eficacia serían: disponer de *una flota equilibrada*, compuesta por un conjunto coherente de medios –superficie, submarinos, aéreos, costeros etc-; *una marina de alta mar*, lo que debe permitir a esos medios operar en mar abierto en todas las condiciones; *prioridad de las armas ofensivas*, se trataría de dar prioridad a la ofensiva sobre la defensiva, dada la actual «disimetría» favorable a las primeras sobre las segundas.

Sin embargo, las fuerzas navales con una actividad que no se constriñe sólo al tiempo de guerra, contribuyen además de manera fundamental en la conducción de la crisis. Para Pierre Lacoste *las marinas tienen también un importante cometido que jugar en las estrategias indirectas de tiempo de paz y todavía más en caso de crisis internacional*.

Las fuerzas navales en tiempo de paz tienen un importante cometido. El valor de la potencia naval se extiende más allá de las misiones bélicas y su influencia se alarga sobre áreas económicas, políticas, y culturales. Entre esos cometidos se encuentra la presencia no violenta, lo que se conoce como «mostrar el pabellón». Presencia, asimismo, en la realización de misiones similares a lo que sería una fuerza internacional para el mantenimiento del orden, con el derecho de realizar misiones de carácter policial. Además, presencia, con fines coercitivos y disuasorios.

Las fuerzas navales en tiempo de guerra proporcionan al que posee la fuerza militar suficiente, la garantía «del dominio del mar», es decir «la facultad de poder usar el mar en su provecho y de prohibir el uso a sus adversarios». Como indica el autor, esta garantía permite al beligerante el transporte marítimo de todo tipo de recursos humanos y materiales; la disponibilidad de realizar maniobras estratégicas, mediante la fijación de fuerzas en falsos ataques o bien mediante la apertura de nuevos frentes; la posibilidad de realizar el bloqueo del enemigo impidiendo sus refuerzos y aprovisionamiento.

El dominio del mar ha tenido especial incidencia en guerras de duración prolongada, siendo su influencia mucho menor en conflictos de corta duración. No obstante, se ha mostrado incapaz cuando se trataba de contener intensas y feroces ofensivas. Lo que sí se puede indicar, es que si bien el poder naval ha sido una «condición necesaria» para poder alcanzar la victoria, no ha sido una «condición suficiente».

«Pues es en tierra donde se encuentran los grandes intereses, los territorios, las riquezas y las poblaciones que se disputan ambos adversarios; y es en tierra, a fin de cuentas, donde se dan las batallas decisivas».

Y es esta razón, la que sin duda ha hecho olvidar a muchos pensadores la importancia de la estrategia naval como parte fundamental de la estrategia general, al polarizarse casi exclusivamente en el desarrollo de la terrestre, y relegar la estrategia naval a un mero apoyo logístico.

De la II Guerra Mundial, el Almirante extrae la importancia que cobran los medios aéreos en las operaciones navales, confirmando al portaaviones como el buque esencial –Capital Ship-. Esa primacía del portaaviones va a relegar al ostracismo al hasta entonces valor más sólido, el acorazado. El nuevo «rey del mar» iba a alterar el tradicional combate visual en otro diferente que se desarrolla a grandes distancias. Considera también la importancia del submarino, por el enorme desgaste que origina al beligerante que lo sufre, tanto por pérdidas directas como por el esfuerzo bélico –cinco veces el gasto del arma submarina- que comporta combatirlo. Destaca la nueva dimensión que cobran las operaciones anfibias con un esfuerzo logístico colosal. La necesidad de poseer el dominio del aire lo que exige incorporar la aviación a la fuerza naval. Según la opinión del autor, para mantener abiertas las líneas de tráfico marítimo es necesario tener superioridad aeronaval, lo que obliga en la alta mar a tener aviación embarcada. Por eso, tras analizar la guerra aeronaval en el Mediterráneo, Pierre Lacoste concluye que: *Sin el dominio del aire y el dominio del mar, no hay maniobra estratégica posible, ni éxito duradero para ejércitos empeñados lejos de sus bases.* Como última lección de este conflicto, el Almirante considera que las cualidades que debe poseer una fuerza naval son la potencia y el equilibrio, entendido este último concepto, como la disposición armónica de medios tanto ofensivos como defensivos.

De la guerra de las Malvinas, que el autor califica como «*el primer conflicto naval de la era electrónica*», extrae tres enseñanzas fundamentales:

- El submarino de ataque de propulsión nuclear ha sustituido al portaaviones como buque esencial. La sola presencia de una de estas unidades, puede forzar a toda una fuerza naval como la argentina, a permanecer en puerto ante los elevados riesgos a los que se expone.
- La guerra electrónica se ha convertido en un elemento capital al intervenir en múltiples áreas.
- La primacía de los medios de ataque sobre los medios defensivos y de protección. En el eterno duelo entre el cañón y la coraza, hoy se impone el primero debido a la eficacia de los misiles y otras armas de carácter «inteligente».

De otros conflictos posteriores extrae las siguientes enseñanzas: la capacidad de las marinas para realizar misiones por períodos prolongados sin el apoyo de las bases propias; el papel decisivo que juegan las fuerzas navales en situaciones de crisis y conflictos de baja intensidad; la importancia disuasiva de los submarinos nucleares ocultos en la inmensidad del océano.

Uno de los factores que analiza el Almirante, es el escenario estratégico en el que se van a desarrollar las acciones navales. Según él, ese escenario se encierra en cuatro dimensiones: la superficie, la submarina, la aérea, y la dimensión espacial. En ese marco de actuación intervienen además una gran variedad de móviles y de elementos que pueden entrar en colisión y mutua interferencia, lo que dificulta en gran medida el empleo de las modernas fuerzas navales.

El medio en que se desarrolla la estrategia es la alta mar o como lo denomina el Almirante y los marinos, *la superficie*. La alta mar tiene unas características estratégicas muy particulares porque carece de fronteras, no se invade, existe libertad de circulación y tránsito sin que la geografía condicione una ruta o derrota determinada, y sin embargo, en ese espacio debe entablarse el combate naval. En ese entorno, los buques tienen la gran ventaja de la permanencia y desde el punto de vista comercial, la rentabilidad en el transporte de los grandes tonelajes de mercancías. En otro tiempo, la posibilidad de detección de los buques en este gran espacio era muy baja, en nuestros días, los adelantos técnicos han propiciado un sustancial aumento de esa posibilidad.

La *dimensión submarina* se caracteriza por su inaccesibilidad. En efecto, en ese mundo el submarino permanece fuera del alcance de las ondas

radio, radar, infrarrojos o láser y sin embargo escucha y aprovecha las franjas infra y ultrasonoras del espectro de vibraciones acústicas, lo que le proporciona una extraordinaria ventaja táctica.

La gran aportación que introduce la nueva *dimensión aérea* es, en palabras de Pierre Lacoste, la de extender las posibilidades de acción de sus buques en dos aspectos: el de la observación aérea, y el del ataque a las fuerzas navales enemigas. Desde su aparición la aviación ha ido incrementando sus funciones hasta convertirse en un elemento fundamental e indisoluble de una fuerza naval.

La *dimensión espacial* aporta un marco incomparable para la exploración y vigilancia, con la ventaja de encontrarse libre de servidumbres jurídicas.

Estas cuatro dimensiones: la superficie, la aérea, la submarina y el espacio, conforman un gran tablero, donde la superficie, elemento privilegiado, actúa como zona de contacto y espacio de separación, donde se desarrollan y convergen la mayor parte de las acciones navales. Para el autor:

«Todo el arte de la estrategia y de la táctica naval, reside en la facultad de saber operar simultáneamente en cuatro medios tan diversos, en saber mantener allí el equilibrio y realizar la conjugación de medios tan complejos, con el fin de oponerse victoriosamente a los propósitos del adversario».

Pierre Lacoste dedica una de las partes del libro a estudiar los distintos combatientes que intervienen en ese complejo marco de cuatro dimensiones y lo hace según las cuatro funciones del combate: la movilidad, la vigilancia, el ataque o la defensa, y la coordinación. Divide a esos combatientes en cuatro grupos: grandes navíos de superficie, submarinos, portaaviones y aviación embarcada, y aviones de patrulla marítima.

Las distintas interacciones que pueden formarse entre los combatientes y las cuatro dimensiones analizadas permite al autor clasificar los combates en tres grandes apartados: combates en la mar y sobre la mar, guerra submarina y lucha antisubmarina, y las fuerzas del mar en el asalto a tierra.

En *los combates en la mar y sobre la mar*, la influencia de los avances tecnológicos, ha modificado las formas de combate. Las distancias se alargan, los tiempos de reacción disminuyen y la lucha se extiende al espectro electromagnético. El combate se convierte en reacciones automatizadas donde prima un buen adiestramiento. Para el éxito de estas operaciones será vital el disponer de medios aéreos.

En la *guerra submarina*, el autor sólo considera las acciones de los submarinos de ataque y excluye a los submarinos nucleares estratégicos al ser la disuasión su principal cometido. El Almirante valora el gran gasto que la mera presencia de submarinos obliga a realizar al adversario en misiones de protección. Considera que estas unidades disfrutaban de tres importantes ventajas: la discreción, la obtención de información adelantada, y la contundencia de sus ataques con misiles y torpedos. Por último, afirma su gran valor ofensivo, como se puso de manifiesto durante el conflicto de las Malvinas

En la *guerra antisubmarina*, el autor defiende, frente a los que la cuestionan, la protección del tráfico mercante mediante convoyes, pues los estudios matemáticos avalan que las pérdidas de mercancías son menores que en la navegación independiente. Para Pierre Lacoste, la defensa en profundidad es la mejor manera de combatir esta amenaza. En un futuro, es de prever que las armas ofensivas de los submarinos avancen más que la detección de los escoltas, lo que lleva al autor a considerar al sumergible como el mejor medio para combatir al submarino enemigo.

Las fuerzas del mar en el asalto a tierra, lo que conocemos como la proyección del poder naval sobre tierra, tiene dos formas de manifestarse: mediante los ataques sin invasión y las operaciones de desembarco. En la primera de esas manifestaciones se incluiría tanto los ataques sobre tierra de la aviación embarcada, como los ataques de artillería mediante los misiles balísticos y los misiles crucero. Con la aparición de los submarinos nucleares estratégicos nos encontramos, como opina Lacoste, ante la manera más inédita y eficaz de proyectar el poder naval. En la segunda manifestación, se contempla fundamentalmente las operaciones anfibas. Como es generalmente aceptado, el Almirante defiende la necesidad de la sorpresa, la superioridad local y especialmente la superioridad aérea, como requisitos para poder emprender con éxito una operación de esta envergadura.

En este asunto, la pregunta central del debate estratégico se situaría en cómo nos defendemos ante ese ataque. La respuesta tiene dos versiones bien distintas según se trate de la mentalidad continental, que intentaría defenderse a lo largo de la línea de costa —las antiguas fortificaciones—, o bien la marítima, que trataría de hacerlo basándose en los medios navales y aéreos.

Para confeccionar la marina del mañana es necesario efectuar un ejercicio de prospectiva. En este proceso deben intervenir los técnicos, los estrate-

gas y los políticos. Los primeros, oficiales de marina e ingenieros, deben prever las innovaciones tácticas y técnicas; los estrategas, deberán dibujarnos el futuro escenario estratégico; los políticos, tendrán que fijar los intereses que deben ser defendidos y determinar prioridades repartiendo los recursos.

Las *perspectivas tácticas y técnicas*, indican que todo «irá más fuerte, más rápido, más lejos, y con más seguridad». En la guerra de superficie, los misiles mejorarán sus prestaciones progresando paralelamente las armas antimisil y las defensas electrónicas. En la lucha antisubmarina, con el protagonismo del submarino nuclear, los avances en escucha pasiva adquirirán más relevancia. En la proyección del poder naval sobre tierra y ante la posible vulnerabilidad de los misiles balísticos, aparece con fuerza el misil crucero mucho más difícil de atacar. En el caso de las operaciones anfibia, el dominio de los espacios aéreos y marítimos, a mayores distancias, resultará como en épocas pasadas fundamental.

La adopción de materiales más modernos por uno de los bandos, podrá desequilibrar el balance de fuerzas en un sentido determinado, como puede suceder en el combate de misiles entre unidades de superficie. La contrapartida es los elevados costes que reducen la cantidad de material. Se establece así una correspondencia entre cantidad y calidad que es necesario estudiar y resolver.

De todos los análisis, Pierre Lacoste obtiene las mismas conclusiones que se derivaban del propio conflicto de las Malvinas: *el submarino nuclear de ataque es el nuevo «rey del mar»*, pues en las condiciones actuales es muy improbable que se llegue a controlar esta amenaza; *la guerra electrónica y las aplicaciones especiales se imponen*, esta implicación afectará a todos los ambientes y en todas las funciones del combate, así como a los diferentes niveles, desde el estratégico hasta el nivel táctico de la unidad más elemental; *la disimetría ataque-protección*, en la eterna lucha del cañón y la coraza esta última pierde terreno.

Las unidades de superficie, especialmente vulnerables a los ataques de los submarinos de propulsión nuclear, a los misiles, aviones, minas y otros buques, seguirán siendo esenciales en misiones donde la vulnerabilidad no resulte un requisito insuperable y donde el binomio eficacia coste resulte favorable.

En relación con *las perspectivas estratégicas*, y aunque el enfrentamiento bipolar ha desaparecido, interesa resaltar, desde la óptica de las disputas

entre la potencia marítima y la potencia continental, alguna de las opiniones prospectivas del autor. Para la OTAN, la libertad de los mares seguirá siendo un factor esencial tanto desde el punto de vista económico como estratégico. La estrategia naval americana se continúa definiendo en lo mismos términos «conservar el dominio del mar por la destrucción de las fuerzas navales del adversario». Por contraposición, la estrategia soviética seguirá con sus objetivos de «proteger el territorio contra los ataques venidos de la mar y atacar las vías de comunicación enemigas».

La protección de las líneas marítimas se convertirá en una necesidad imperiosa especialmente por las posibles acciones contra los grandes buques petroleros. En un futuro, los tradicionales convoyes se enfrentarán con una nueva amenaza, la nuclear, que podría obligar a aumentar su tamaño hasta límites inaceptables desde el punto de vista de la escolta. Además, esa amenaza obliga a descartar como seguras las zonas portuarias. Y es que sin duda, el hecho nuclear lo ha trastocado todo. Por ello, y gracias a la disuasión, no cabe esperar que se produzcan ataques entre las grandes potencias, ni en «los santuarios nacionales», ni sobre el tráfico marítimo. Así, cuando nos movemos en el terreno de la crisis o en conflictos de baja intensidad, el submarino nuclear se queda sin cometidos y el portaaviones vuelve a asumir el papel de «buque estrella».

Volviendo al conflicto y desde el punto de vista de la estrategia marítima los océanos adquieren especial relevancia al servir de refugio a los submarinos nucleares lanzamisiles. Esta capacidad de refugio cobra más trascendencia en una era en la que desde el espacio es posible la localización de cualquier objeto que se encuentre en él. Lógicamente, esos océanos también jugarán un papel importante en su función tradicional de «espacio de maniobra y vía de comunicación».

Como consecuencia de las nuevas formas de actuación, por temor a una escalada nuclear, las estrategias indirectas asumen pleno protagonismo. Para el autor, y en este entorno:

«Las estrategias militares indirectas, que se traducen en acciones exteriores, están particularmente adaptadas a las posibilidades de las marinas de guerra y a las características del medio marino. La aptitud de las marinas de guerra para maniobrar en situaciones de crisis, resulta a la vez del carácter internacional del medio marino en el que operan las fuerzas navales y de la naturaleza de las actividades que en éste realizan».

Las acciones navales admiten en esas situaciones una perfecta gradación, desde las meramente diplomáticas a las acciones amenazantes realizadas mediante maniobras o ejercicios. Y es que, como se indicaba anteriormente, la capacidad de desplegarse en un espacio internacional próximo a las zonas en conflicto sin «*violar fronteras*», ni arriesgar directamente «*la vida de las poblaciones civiles*» y el carácter tanto «*progresivo como reversible*» de la presencia naval, hace que las marinas puedan aportar un papel importante en la resolución de crisis.

La aparición de nuevas fuentes de riqueza en el mar, como el petróleo o los depósitos de nódulos metálicos, a añadir al tradicional recurso de la pesca, y la tendencia a aumentar el espacio marítimo de control de los recursos marinos, representan nuevos focos de litigios y confieren a las fuerzas navales un campo adicional de actuación en defensa de los intereses nacionales. Además, en muchos países, las marinas asumen misiones similares relacionadas con: la vigilancia de pesca, la policía de la navegación, la administración de asuntos marítimos, la hidrografía y oceanografía, la meteorología marítima o los faros y balizas.

Por todo lo indicado, las perspectivas de futuro de las marinas no se detienen, sino que experimentan un impulso renovado, pues como indica Pierre Lacoste citando al General De Gaulle:

«La marina se encuentra ahora, y sin duda, por primera vez en la historia, en primer plano de la potencia guerrera de Francia, y esto será en el futuro, cada vez más, un poco más verdadero».